

las que no hacen gala de sus culpas, las que saben ocultar sus deseos a aquéllos mismos que se los inspiran, aquéllas que más trabajo cuesta arrancar les su consentimiento, son las más verídicas, las más sinceras, las más constantes en guardar sus promesas, y aquéllas con cuya fe se puede generalmente contar.

No conozco más que Ninón de Lenclos que haya podido ser citada como notoria excepción de estas reglas, por eso fue mirada como un portento. Despreciando las virtudes de su sexo, dicen que había conservado las del nuestro; alaban su sinceridad, su rectitud, lo seguro de su trato, su fidelidad en la amistad; finalmente, para completar la pintura de su gloria, dicen que se había hecho hombre. Sea enhorabuena, pero, con toda su alta reputación, no hubiera yo querido a ese hombre ni para amigo ni para amada.

Esto no es tan inoportuno como parece. Veo a dónde se encaminan las máximas de la moderna filosofía, que escarnecen el pudor del sexo y su pretendida falsía, y veo que el más seguro fruto de esta filosofía será quitar a las mujeres de nuestro siglo la poca honra que les ha quedado.

Por estas consideraciones creo que puede determinarse en general la especie de cultura que conviene a la inteligencia de las mujeres, y hacia qué objetos se deben dirigir sus reflexiones desde su juventud primera.

Ya lo he dicho, son más fáciles de ver que de desempeñar las obligaciones de su sexo. Lo primero que deben aprender es a amarlas, contemplando las utilidades que traen consigo; es el único medio de facilitárselas. Cada estado y cada edad tiene sus obligaciones, y en breve conoce cada uno las suyas, con tal que las ame. Honrad vuestro estado de mujer y, sea cual

fuere la jerarquía en que os hubiere colocado el cielo, siempre seréis una mujer de bien. Lo esencial es ser lo que nos hizo la Naturaleza, que siempre somos en demasía lo que quieren los hombres que seamos.

No es propio de las mujeres la investigación de las verdades abstractas y especulativas, de los principios y axiomas en las ciencias; sus estudios se deben referir todos a la práctica; a ellas toca aplicar los principios hallados por el hombre y hacer las observaciones que le conducen a sentar principios. Todas las reflexiones de las mujeres, en cuanto no tiene conexión inmediata con sus obligaciones, deben encaminarse al estudio de los hombres o a los conocimientos agradables, cuyo objeto es el gusto; porque las obras de ingenio vasto exceden su capacidad; no tienen la atención y el criterio suficientes para aprovechar en las ciencias, y en cuanto a los conocimientos físicos, al que es más activo, anda más, ve más objetos, tiene más fuerza, y la ejercita más de los dos, le toca juzgar de las relaciones de los seres sensibles y las leyes de la Naturaleza. La mujer, que es débil y nada ve fuera de sí, valúa y juzga los móviles que para suplir su debilidad puede poner en acción, y las pasiones del hombre son estos móviles. Más fuerte es su mecánica que la nuestra, pues todas sus palancas van a remover el corazón humano. Preciso es que posea el arte de hacer que nosotros queramos todo cuanto es necesario o agradable para su sexo, y que no puede hacer por sí propio; por tanto, es preciso que estudie a fondo el espíritu del hombre, no en general y en abstracto, sino el de los hombres que tiene cerca, y a quienes está sujeta, sea por la ley, sea por la opinión; es preciso que por sus razones, por sus acciones, por sus miradas y por sus ademanes, aprenda a penetrar sus ideas, y que por las razones, las acciones, las miradas y los

ademanes de ella, sepa inspirarles el sentir que le acomode, sin que al parecer ponga atención en ello. Mejor que ella filosofarán acerca del corazón humano, pero ella leerá mejor en el corazón de los hombres. A las mujeres compete hallar, por decirlo así, la moral experimental, y a nosotros reducirla a sistema. Tiene la mujer más agudeza, y el hombre más ingenio; observa la mujer, y el hombre discurre: de este concierto resultan la más clara luz y la ciencia más completa que pueda adquirir el entendimiento humano en las cosas morales; en una palabra, el conocimiento más seguro de sí y de los demás que pueda alcanzar nuestra especie. Y así puede el arte trabajar incesantemente en perfeccionar el instrumento que nos dió la Naturaleza.

El mundo es el libro de la mujeres: cuando le leen mal, culpa es de ellas, o las ciega alguna pasión. No obstante, la verdadera madre de familia, lejos de ser mujer de mundo, poco menos reclusa está en su casa que la religiosa en su clausura. Por tanto, sería preciso hacer con las doncellas que se van a casar, lo que hacen o deben hacer con las que se meten monjas; enseñarles las diversiones que dejan antes que renuncien a ellas, no sea que la falaz imagen de estas diversiones que no conocen venga un día a descarriar su corazón y perturbar la felicidad de su retiro. En Francia viven las muchachas en los conventos, y las casadas frecuentan el mundo: entre los antiguos sucedía todo lo contrario; las doncellas asistían, como ya he dicho, a muchos juegos y fiestas públicas, y las casadas vivían retiradas. Este estilo era más racional y conservaba mejor las buenas costumbres. A las doncellas, antes de casarse, les es lícita una especie de coquetería; la diversión es su negocio principal. Las casadas tienen otras ocupaciones en sus casas, y ya no necesitan bus-

car marido; pero no les traería cuenta esta reforma, y, por desgracia, son ellas las que mandan. Madres, sean vuestras hijas a lo menos compañeras vuestras. Dadles una razón sana y un alma honesta, y no les ocultéis luego nada de cuanto pueden mirar los ojos castos. Bailes, banquetes, juegos, hasta el teatro, todo lo que, cuando se ve mal, hechiza una juventud imprudente, se puede presentar sin riesgo a ojos sanos. Cuanto más vean estos estrepitosos placeres, más presto les repugnarán.

Ya oigo los clamores que contra mí se levantan. ¿Qué doncella resiste a tan peligroso ejemplo? Apenas ven el mundo cuando todas pierden la cabeza; no hay una que le quiera dejar. Puede ser, pero, antes de presentarles esta engañosa imagen, ¿las habéis preparado a que la contemplen sin emoción? ¿Les habéis explicado bien los objetos que representa? ¿Se los habéis pintado como ellos son? ¿Las habéis armado bien contra las ilusiones de la vanidad? ¿Habéis excitado en sus juveniles pechos la afición a los verdaderos contentos que no se encuentran en esta barahunda? ¿Qué precauciones, qué medidas habéis tomado para preservarlas del falso gusto que las extravía? Lejos de oponer en su ánimo algo contra el imperio de las públicas preocupaciones, las habéis mantenido en ellas; habéis hecho que de antemano se prenden de todos los pasatiempos frívolos que encuentran, y hacéis que las cautiven cuando a ellos se entregan. Las doncellas mozas que en el mundo se introducen no tienen otra guía que su madre, más loca muchas veces que ellas, y que no les puede enseñar los objetos de otro modo que como los ve. Más eficaz su ejemplo que la razón misma, las justifica a sus propios ojos, y es para la hija la autoridad de la madre una disculpa sin réplica. Cuando quiero que introduzca una madre a su hija

en el mundo, hago la suposición de que se le ha de enseñar como él es.

Mas antes todavía empieza el mal. Los conventos son verdaderas escuelas de coquetería, no de la coquetería honesta de que he hablado, sino de la que produce todas las locuras de las mujeres y forma las más extravagantes petimetras. Cuando salen de ellos para entrar de repente en las estrepitosas sociedades, las casadas jóvenes se sienten inmediatamente en su lugar. Fueron educadas para vivir en ellas; ¿qué extraño es que se encuentren bien? No afirmaré lo que voy a decir sin recelo de dar por observación una preocupación; pero me parece que generalmente en los países protestantes hay más cariño en las familias, esposas más dignas y madres más tiernas que en los católicos, y, si así fuere, no se puede dudar de que es debida en parte esta diferencia a la educación de los conventos.

Para que agrade la vida pacífica y doméstica, es preciso conocerla, es preciso haber gustado su dulzura desde la niñez. Sólo en la casa paterna se coge gusto a su propia casa, y toda mujer que no ha sido educada por su madre no querrá educar a sus hijos. Por desgracia, ya no hay educación privada en las ciudades populosas. La sociedad es en ellas tan general y tan mezclada, que no queda asilo para el retiro, y están las gentes en público hasta en sus casas. A puro vivir con todo el mundo ya nadie tiene familia, apenas se conocen los parientes; se ven como extraños, y se extingue la sencillez de las costumbres domésticas con la suave familiaridad que su embeleso constituían. Así se mama con la leche la afición a los deleites del siglo y a las máximas que en él reinan.

Imponen a las solteras una aparente sujeción para hallar tontos que por el exterior se casen con ellas;

mas estudiad un instante estas jóvenes; bajo un ademán afectado mal encubren el ansia que las devora, y ya en sus ojos se lee el ardiente deseo de imitar a sus madres. No ansían por un marido, sino por el desenfreno del matrimonio. ¿Qué necesidad tienen de marido con tantos medios para no hacer uso de él? Pero lo necesitan para tapadera de estos medios (62). En su semblante está retratada la modestia, y la disolución alienta en lo interior de su corazón: indicándolo esa misma fingida modestia, que sólo afectan para zafarse cuanto antes de sujeción. Mujeres de las grandes ciudades, os ruego que me perdonéis: no hay regla sin excepción, mas yo por mí no sé de ninguna, y si una siquiera de vosotras tiene honesta el alma, no entiendo palabra de nuestras instituciones.

Todas estas educaciones inspiran por igual en las doncellas la afición de los deleites del mundo y de las pasiones que en breve nacen de esta afición. En las ciudades populosas empieza la depravación con la vida, y en las de poco vecindario con la razón. Las mujeres mozas de las provincias, instruídas en menospreciar la dichosa sencillez de sus costumbres, se dan prisa por venir a la capital a participar de la corrupción de las nuestras, ornados los vicios con el pomposo nombre de talentos, son el único objeto del viaje, y, avergonzadas, cuando vienen de tan lejos, al verse tan distantes todavía del noble desenfreno de las mujeres del país, no tardan en hacer méritos para ser también ellas vecinas de la corte. ¿Me diréis dónde

(62) Una de las cuatro cosas que no podía comprender el sabio, era la vida del hombre en su mocedad; la quinta era el descaro de la mujer adúltera, *Quæ comedit, et tergens os suum dicit: Non sum operata malum; que come, y limpiándose la boca dice: no he obrado mal.* Prov. XXX, vers. 20.

empieza el daño, si donde le proyectan o donde le llevan a cabo?

No quiero que una madre de juicio traiga a su hija desde la provincia a París para enseñarle estas imágenes tan perniciosas para otras; digo, sí, que cuando así lo hiciese, o está mal educada su hija, o serán poco peligrosas para ella. Con gusto sano, tino y afición a las cosas honestas, no parecen tan atractivas como lo son para las que de ellas se dejan hechizar. En París se notan personas jóvenes de mala cabeza que vienen a tomar aprisa el estilo del país, y a ser de moda por espacio de seis meses, para ser objeto de befa todo lo restante de su vida: pero ¿quién repara en tantas que, desatentadas con el estrépito de la corte, se vuelven a su provincia satisfechas con su suerte comparada con las que otras envidian? ¡Cuántas jóvenes casadas he visto yo traídas a la corte por maridos condescendientes y con facultad para fijarse en ella, que se lo han disuadido ellas propias y se han vuelto con más anhelo que habían venido, diciendo enternecidas la víspera de la partida: «¡Ah! Volvámonos a nuestra choza, que en ella se disfruta más feliz vida que en los palacios de esta tierra!» No sabemos cuánta gente honrada hay todavía que no ha doblado la rodilla ante el ídolo y que desprecia su culto insensato. Sólo las locas meten ruido: en las cuerdas nadie repara.

Y si, no obstante la general corrupción, las universales preocupaciones y la mala educación de las niñas, conservan todavía muchas un juicio a prueba, ¿qué será cuando hayan fortalecido este juicio con instrucciones adecuadas, o, por mejor decir, cuando le hayan estragado con instituciones viciosas? Porque siempre se cifra todo en conservar o restablecer los naturales afectos. Para esto no se trata de aburrir a las mozas solteras con vuestras largas pláticas, ni de

dictarles vuestras secas moralidades. En ambos sexos estas moralidades son la muerte de toda buena educación. Lecciones tristes sólo sirven para hacer coger aborrecimiento a los que las dan y a todo cuanto dicen. Cuando se habla con doncellas jóvenes, no se trata de que tomen miedo a sus obligaciones, ni de agravar el yugo que les ha impuesto la Naturaleza. Explícales estas obligaciones con una fácil concisión, no las induzcáis a que crean que sea penoso su cumplimiento, ni gastéis ademán enojado o aspero. Todo cuanto se dirige al corazón debe salir de él; tan claro y tan corto debe ser su catecismo de moral como el de religión, mas no tan grave. En estas mismas obligaciones mostradles el manantial de sus contentos y la base de sus derechos. ¿Tan penoso es amar para ser amada, hacerse amable para ser feliz, hacerse estimable para ser obedecida y honrarse para ser honrada? ¡Cuán hermosos y respetables son estos derechos! ¡Cuán caros para el corazón del hombre, cuando sabe darles valor la mujer! No es necesario que aguarde a la vejez para gozar de ellos; con sus virtudes empieza su imperio, apenas se desenvuelven sus gracias cuando ya reina por la dulzura de su carácter y hace respetar su modestia. ¿Qué hombre, por insensible e inhumano que sea, no suaviza su fiereza y toma más atentos modales al lado de una niña de dieciséis años, juiciosa y amable, que habla poco, tiene aspecto decente y honestas razones, a quien su hermosura no hace olvidarse de su sexo ni de su juventud, y que por su misma cortedad sabe interesar y granjearse el respeto que ella tiene a todo el mundo?

Estos testimonios, si bien exteriores, no son frívolos ni se fundan en sólo el atractivo de los sentidos, sino que nacen de la íntima conciencia que tenemos todos de que las mujeres son los jueces naturales del

mérito de los hombres. ¿Quién quiere ser menospreciado de ellas? Nadie, ni aun el que ya no quiere amarlas. Y yo, que les digo verdades tan duras, ¿creéis que sean para mí indiferentes sus juicios? No; más aprecio su voto que el vuestro, lectores, a veces más mujeril que el de ellas. Todavía despreciando sus costumbres, quiero honrar su justicia: poco me importa que me aborrezcan si las obligo a que me estimen.

¡Cuán grandes cosas se harían con este resorte si supieran ponerle en acción! ¡Desventurado el siglo en que pierden las mujeres su ascendiente y nada valen sus juicios para los hombres! Ese es el último grado de la depravación. Todos cuantos pueblos han tenido buenas costumbres han respetado a las mujeres: véase Esparta; véanse los germanos; véase Roma, Roma el emporio de la gloria y la virtud, si alguna vez le han tenido en la tierra. Allí las mujeres honraban las proezas de los capitanes esforzados; allí públicamente lloraban a los padres de la patria; allí eran consagrados sus votos o su luto, como el juicio más solemne de la república. Allí todas las revoluciones grandes procedieron de las mujeres: por una mujer logró Roma la libertad, por una mujer alcanzaron el consulado los plebeyos, por una mujer dió fin la tiranía de los decemvros, por las mujeres fue libertada Roma de manos de un proscrito. Lindos del día, ¿qué hubierais dicho al ver pasar tan ridícula procesión ante vuestros mofadores ojos? La hubierais acompañado con burlas y silbidos. ¡Con cuán distintos ojos vemos los mismos objetos! Acaso todos tenemos razón. Fórtese esa comitiva con lindas españolas, y no conozco cosa más indecente; pero compongámosla de romanas, y todos tendremos los ojos de los volscos y el pecho de Coriolano.

Más diré: sostengo que la virtud es tan propicia al

amor como a los demás derechos de la Naturaleza, y que no menos estriba en ella la autoridad de las amadas que la de las esposas y madres. No hay verdadero amor sin entusiasmo, ni entusiasmo sin un objeto de perfección, real o fantástico; pero siempre existente en la imaginación. ¿Con qué se han de inflamar los amantes para quienes no existe esta perfección, y que en lo que aman sólo ven el objeto de los deleites sensuales? No; no se enciende así el alma, ni se entrega a aquellos sublimes raptos que son a un mismo tiempo el delirio de los amantes y el hechizo de su pasión. Todo es mera ilusión en el amor, lo confieso; mas lo que es real son los afectos en que nos anima de la hermosura verdadera que nos hace amar. Esta hermosura no está en el objeto amado, que es obra de nuestro error. ¿Y qué importa? ¿Dejamos por eso de sacrificar todos nuestros villanos sentimientos a este modelo imaginario? ¿Dejamos de embeber nuestro corazón en las virtudes que atribuímos a lo que queremos? ¿No nos desprendemos de la bajeza del *yo* humano? ¿Cuál es el amante verdadero que no está dispuesto a dar su vida por su amada? ¿Y cuál es la torpe y sensual pasión del hombre que quiere morir? Nos burlamos de los caballeros andantes, porque aquéllos conocían el amor; nosotros sólo conocemos el desenfreno. Cuando estas máximas empezaron a ser escarnecidas, no tanto fue esta mudanza parto de la razón como aborto de las malas costumbres.

En cualquiera siglo que sea no varían las relaciones naturales; la conveniencia o discrepancia que de ellas resulta permanece la misma; las preocupaciones, con mentido nombre de razón, sólo cambian su apariencia. Siempre será bello y grande reinar en sí propio, aunque sea para obedecer a fantásticas opiniones, y siempre resonarán los verdaderos motivos de honor

en el corazón de toda mujer de juicio que, en su estado, sepa buscar la felicidad real de su vida. La castidad debe ser especialmente una deliciosa virtud para la mujer hermosa que tuviere alguna elevación en el alma. Mientras que mira toda la tierra a sus plantas, de todo triunfa y de sí misma: en su propio corazón se erige un trono, a que todos rinden homenaje; los afectos tiernos o celosos, pero siempre respetuosos, de ambos sexos; la universal estimación y la suya propia, le pagan sin cesar un tributo de gloria. Efímeras son las privaciones, pero el premio es permanente. ¡Qué gozo para un ánimo noble, unir con la beldad la altivez de la virtud! Realizad una heroína de novela: más exquisitos contentos gustará ella que las Laís y las Cleopatras; cuando su beldad se eclipsare vivirán su gloria y sus placeres, y sabrá sola disfrutar del tiempo pasado.

Si es agradable el camino que abro, tanto mejor: que es más seguro, está en el orden de la Naturaleza y nunca por otro llegaréis a la meta (63).

Cuanto más importantes y penosas son las obligaciones, más palpables y fuertes deben ser las razones en que se fundan. Hay cierto lenguaje devoto con que aturden los oídos de las doncellas jóvenes en las materias más graves, sin lograr persuadirlas. De este lenguaje tan desproporcionado con sus ideas y del poco aprecio que en secreto hacen de él, nace la facilidad de ceder a sus propensiones, no hallando motivos de resistencia en la misma naturaleza de las cosas. Una doncella educada con piedad y discreción, sin duda está fuertemente armada contra las tentaciones; pero aquélla cuyo corazón o, más bien, cuyos oídos no han tenido otro pasto que la algarabía de la devoción, in-

(63) Este párrafo constituye una variante.—R. U.

faliblemente será presa del primer seductor astuto que la pretenda. Nunca una persona hermosa y moza despreciará su cuerpo, nunca se afligirá de veras de los enormes pecados que haga cometer su hermosura, nunca llorará con sinceridad ante Dios porque sea objeto de deseos, ni nunca se podrá convencer de que sea invención de Satanás el afecto más dulce del corazón. Dadle otras razones sacadas de la esencia de las cosas y propias para ella, porque éstas no la convencerán. Peor será todavía si, como nunca faltan, le dictan ideas contradictorias; si, después de haberla humillado envileciendo su cuerpo y sus gracias como torpeza del pecado, le dicen luego que este mismo cuerpo que la han pintado como tan despreciable, le ha de respetar como templo de Jesucristo. Ideas tan sublimes y tan bajas son por igual insuficientes y no se pueden asociar: se necesitan razones que no excedan la capacidad de la edad y del sexo. No tiene más fuerza la autoridad de la obligación que los motivos que nos excitan a desempeñarla.

Quæ quia non liceat non facit, illa facit (64).

¿Quién creyera que fuese Ovidio el que tan severo fallo pronunciase?

¿Queréis, por tanto, inspirar a las jóvenes la afición a las buenas costumbres? Pues sin decirles continuamente, *sé recatada*, interesadlas mucho en que lo sean; haceldes conocer todo el precio del recato y se le harán amar. No basta con mostrarles desde lejos este

(64) Lo hace la que lo niega por vedado.—Ovidio *Amor*, III, IV.—Esta es, realmente, una admirable traducción del texto latino; mucho mejor que la de Coste y otros que dan varias ediciones francesas y castellanas.—R. U.

interés para el porvenir; mostrádsele en el instante actual, en las relaciones de su edad, en el carácter de sus amantes. Pintadles el hombre de bien, el hombre de mérito; enseñadles a que le reconozcan, a que le amen por su propio bien; probadles que amigas, esposas o queridas, sólo éste puede hacerlas felices. Traedlas a la virtud por la razón: haced que conozcan que el imperio y las ventajas de su sexo, no sólo penden de sus buenas costumbres y conducta, sino también de las de los hombres, pues las mujeres tienen poca influencia en ánimos viles y soeces, y el que sabe servir a su dama sabe servir a la virtud. Estad cierto de que, pintándolas entonces las modernas costumbres, les inspiraréis hacia ellas una sincera repugnancia; con mostrarles las personas de moda, se las haréis despreciar; les infundiréis antipatía a sus máximas, aversión a sus sentimientos y desdén a su vano galanteo; excitaréis en ellas más noble ambición, la de reinar en ánimos grandes y esforzados, como la de las mujeres espartanas, que era mandar en hombres. Una mujer atrevida, descarada, embrollista, que sólo por la zalamería sabe atraer a sus amantes y sólo los conserva por sus favores, hace que la obedezcan como lacayos en cosas comunes y serviles: en las importantes y graves no tiene autoridad ninguna en ellos. Mas la mujer honesta, amable y prudente, que fuerza a los suyos a que la respeten: la que tiene modestia y recato, en una palabra, la que con la estimación sostiene el amor, con una seña los envía al cabo del mundo, a la lid, a la gloria, a la muerte, a donde quiere (65).

(65) Dice Brantome que, en tiempo de Francisco I, una joven que tenía un amante hablador, le impuso un ilimitado y absoluto silencio, que con tanta puntualidad guardó por espacio de dos años enteros, que creyeron que por al-

Hermoso es este imperio, y pienso que merece la pena de ser comprado.

Con este espíritu ha sido educada Sofía, con más cuidados que afanes, y antes siguiendo sus gustos que violentándolos. Digamos ahora una palabra de su persona, conforme al retrato que de ella tengo hecho a Emilio y según él mismo se figura la esposa que puede hacerle feliz.

Nunca repetiré lo bastante que dejo aparte los portentos. No lo es Emilio, ni lo es tampoco Sofía; Emilio es hombre y Sofía mujer: en esto se cifra toda su gloria. En la confusión de sexos que reina entre nosotros, casi es un portento ser uno del suyo.

Sofía es de índole apacible, tiene buen natural y el corazón muy sensible: esta excesiva sensibilidad da a veces tanta actividad a su imaginación que no es fácil moderarla. Su inteligencia es menos justa que penetrante; fácil, aunque desigual, su condición; regular, pero agradable, su cara; su fisonomía promete alma y no miente; puede uno acercarse a ella con indiferencia, mas no dejarla sin emoción. Algunas mujeres tendrían prendas que a ella le faltan, y otras más cantidad de las mismas que a ella le han cabido, pero nin-

guna enfermedad se había vuelto mudo. Un día, en una gran concurrencia, su dama que, en aquellos tiempos en que guardaban secreto los enamorados, no era conocida por tal, se alabó de que le sanaría inmediatamente, y lo hizo con esta sola palabra: *Hablad*. ¿No hay algo heroico y grande en este amor? ¿Qué más hubiera hecho con todo su fausto la filosofía de Pitágoras? ¿No nos imaginamos una divinidad que con sola una palabra da el órgano de la voz a un mortal? No es posible que yo crea que la belleza sin virtud obrara nunca semejante milagro. Todas las mujeres de hoy, a pesar de sus artificios, se verían muy apuradas para hacer otro igual.

guna calidades mejor combinadas para formar un feliz carácter. Sabe sacar provecho de sus propios defectos, y agradaría mucho menos si fuese más perfecta.

No es hermosa Sofía; mas junto a ella se olvidan los hombres de las hermosas, y las hermosas están mal satisfechas consigo mismas. Apenas si a primera vista es linda, pero cuanto más se la ve más se hermosea: gana con lo que tantas pierden, y nunca pierde lo que una vez ha ganado. Posible es tener ojos y boca más hermosos, y cara que más choque, pero no talle mejor hecho, color más hermoso, mano más blanca, pie más delicado, mirar más dulce y fisonomía más tierna. Interesa sin deslumbrar; embelesa, y no es posible decir por qué.

Sofía tiene afición a ataviarse, y lo hace con mucha inteligencia; su madre no tiene otra camarera que ella: posee un gusto exquisito para que luzca su vestido, pero aborrece los trajes ricos; en el suyo se ve siempre unida la sencillez con la elegancia; no es aficionada a lo que brilla, sino a lo que le sienta bien. Ignora cuáles son los colores de moda, pero sabe perfectamente los que le favorecen. No hay joven que parezca prendida con menos estudio, y ninguna lleva traje más estudiado: ni una pieza del suyo está puesta por acaso y, sin embargo, no se echa de ver el arte. Su adorno en la apariencia es muy modesto, y en la realidad muy provocativo: no descubre sus ocultas bellezas, que las tapa; mas con esto sabe hacer que se las imaginen. Cuando la ven dicen: «Esa chica tiene honestidad y modestia»; pero mientras uno está junto a ella vagan los ojos y el corazón por toda su persona, sin poderlos apartar un momento, y podría decirse que todo este traje tan sencillo se ha puesto en su lugar con sólo el fin de que se le quite pieza a pieza la imaginación.

Sofía tiene habilidad natural y no ha dejado de cultivarla; pero, como no se ha encontrado en situación de valerse mucho de los auxilios del arte, se ha contentado con ejercitar su bonita voz en cantar con arreglo y gusto; sus delicados pies en andar con ligereza, facilidad y gracia, y su lindo talle en hacer cortesías, en todo género de situaciones, sin sujeción ni desmaña. En cuanto a lo demás nunca tuvo otro maestro de canto que su padre, ni otra maestra de baile que su madre, y un organista vecino le ha dado algunas lecciones de acompañamiento en el clave, que luego ha cultivado ella sola. Al principio sólo pensaba en lucir su mano en las teclas negras; luego vió que el áspero y seco sonido del clave hacía más suave el de su voz; poco a poco empezó a sentir la armonía; por fin, cuando se ha hecho mayor, ha comenzado a sentir el embeleso de la expresión y a gustar de la música en sí. Pero hasta aquí más es afición que talento, y no sabe descifrar las notas de un aria escrita.

Lo que mejor sabe Sofía, y lo que con más esmero le han hecho aprender, son las tareas de su sexo, aun aquéllas poco usadas, como cortar y coser sus vestidos. No hay una obra de aguja que no sepa hacer bien y con gusto; pero la que prefiere a todas las demás es el punto de encaje, porque no hay otra que ofrezca más agradable postura, y en que se ejerciten los dedos con más gracia y ligereza. También se ha aplicado a todas las menudencias caseras: entiende de cocina y de repostería, sabe el valor de los comestibles, conoce la calidad de ellos, lleva bien las cuentas y hace de mayordomo. Destinada a ser un día madre de familia, gobernando la casa de sus padres aprende a gobernar la suya propia; puede suplir las funciones de los criados y siempre lo hace con gusto. Nunca sabe mandar bien el que por sí mismo no sabe ejecutar: esta es la

razón que tiene su madre para ocuparla de este modo. Sofía no va tan allá: su obligación primera es la de hija, y la única que por ahora piensa desempeñar; ni tiene otra idea que servir a su madre y aliviarla en parte de sus quehaceres, puesto que es la verdad que no todos los desempeña con igual gusto. Por ejemplo, aunque es golosa, no le agrada la cocina; sus ocupaciones tienen algo que la repugna y nunca la encuentra muy limpia. En esta parte es de una delicadeza tan extremada, que constituye uno de sus defectos: antes dejaría que se quemara toda la comida que manchar una manga de su vestido. Nunca ha querido cuidar del jardín por la misma causa: la tierra le parece muy sucia, y así que ve estiércol piensa percibir su mal olor.

Este defecto se lo debe a las lecciones de su madre. Según ésta, una de las primeras obligaciones de la mujer es la limpieza; obligación especial, indispensable, impuesta por la Naturaleza. No hay en el mundo objeto más repugnante que una mujer sucia, y el marido que la toma antipatía tiene sobrada razón. Tanto ha inculcado a su hija esta obligación desde su niñez; tanta limpieza ha exigido de ella en su persona, en su ropa, en su aposento, en su labor, en su tocador, que convertido este esmero en costumbre la ocupa la mayor parte del tiempo; de suerte que hacer bien las cosas es para ella el segundo cuidado: el primero siempre es hacerlas con limpieza.

No obstante, no ha degenerado todo esto en vana afectación ni en molicie, ni tiene parte en ello un lujo refinado. Nunca hubo en su cuarto más que agua limpia; no conoce otro aroma que el de las flores, ni nunca su marido le respirará más suave que el de su aliento. Finalmente, el esmero que pone en lo exterior no es causa de que se olvide de que debe su vida y su

tiempo a más nobles tareas: o ignora o desdeña aquella excesiva limpieza de cuerpo que mancilla el alma. Sofía es más que limpia, es pura.

He dicho que Sofía era golosa. Naturalmente lo era, pero la costumbre la ha hecho sobria, y ahora lo es por virtud. No son lo mismo las niñas que los niños, los cuales hasta cierto punto se logran gobernar por la gula: esta inclinación puede acarrear funestas consecuencias al sexo y no se le debe permitir. La chicuela Sofía, cuando niña, si entraba sola en el gabinete de su madre, no siempre salía con las faltriqueras vacías, ni era a prueba su fidelidad en cuanto a los anises y confites. Su madre la cogió, la reprendió, la castigó y la obligó a ayunar. Al cabo consiguió persuadirla que los confites echaban a perder la dentadura, y que cuando las niñas comían con exceso se les ponía más abultado el talle. De este modo se enmendó Sofía: cuando ha crecido, ha tomado otras aficiones que le han hecho olvidar esta sensualidad. Así que se anima el corazón, tanto en los hombres como en las mujeres, cesa de ser vicio dominante la gula. Sofía ha conservado las aficiones peculiares de su sexo: gusta de dulces y lacticinios, de pastelería y hierbas cocidas, pero muy poco de carne; nunca ha probado el vino ni los licores fuertes; en cuanto a lo demás, de todo come con mucha moderación; menos laborioso su sexo que el nuestro, necesita menos reparación. En todas cosas le gusta lo bueno y sabe paladearlo; también sabe acomodarse con lo que no es, sin que le cueste pena esta privación.

Tiene Sofía agradable el entendimiento sin que sea brillante, y sólido sin que sea profundo: un entendimiento que nadie cita, porque el que con ella habla nunca le encuentra más o menos que el suyo. Siempre tiene el que agrada a las gentes con quienes razona,